

Filipo II de Macedonia

Borja Antela-Bernárdez & Marc Mendoza

(eds.)

(2021)

ÍNDICE

Prólogo	XX
<i>Los Editores</i>	
Filipo, entre Macedonia y la Historia	XX
<i>Borja Antela-Bernárdez</i>	
Filipo y las fronteras de Macedonia: Tracia, Iliria y Epiro	XX
<i>Fernando Echeverría</i>	
Filipo y Tesalia	XX
<i>Borja Antela-Bernárdez</i>	
Filipo, Tebas y Beocia	XX
<i>José Pascual</i>	
Filipo y Esparta (con anotaciones sobre otros estados peloponésicos)	XX
<i>César Fornis</i>	
Atenas y Filipo (357-338 a.C.)	XX
<i>Laura Sancho Rocher</i>	
Filipo y Persia	XX
<i>Francisco Javier Gómez Espelosín</i>	
Filipo y su entorno familiar	XX
<i>Marc Mendoza – Clàudia Zaragozà</i>	
El ejército de Filipo II	XX
<i>Jorge J. Moreno Hernández</i>	
Rétores, intelectuales e historiadores griegos ante Filipo de Macedonia	XX
<i>Alejandro Díaz Fernández</i>	
Filipo y los dioses	XX
<i>Antonio Ignacio Molina</i>	
El Panhelenismo en la época de Filipo	XX
<i>Domingo Plácido</i>	

Filipo y las Tumbas Reales de Vergina.....	XX
<i>Marc Mendoza</i>	
Cronología.....	XX
<i>Marc Mendoza</i>	
Bibliografía.....	XX

PRÓLOGO

La notable ausencia de una tradición firme y bien arraigada en España sobre los estudios dedicados al período helenístico, así como a Alejandro y el reino de los Argéadas quizás sea la causa de una inestimable carencia en la historiografía española en estudios sobre Filipo II de Macedonia. Podríamos aducir, como atenuante, que ciertamente la figura de Filipo parece haber vivido a la sombra eterna de su hijo Alejandro, el conquistador romántico, el soñador, gobernante afable y también cruel. Los esfuerzos que diversas voces en España han realizado en las últimas décadas en estas temáticas, no obstante, no han hecho más que señalar todavía más la necesidad de un estudio transversal que se acerque a Filipo como figura histórica por sí mismo y por su valor en la Grecia del siglo IV a.C. La voluntad última de este libro es solucionar efectivamente esta situación, planteando en líneas generales los aspectos básicos y específicos que marcaron la vida y la historia de Filipo y su tiempo.

El siglo IV a.C. griego, a diferencia del glorioso siglo V de las Guerras Médicas, Pericles y la Guerra del Peloponeso, supone una época convulsa, de cambios y transformaciones en los elementos que podríamos considerar definitorios en la realidad histórica de la Grecia clásica. Las poleis griegas, protagonistas tradicionales (al menos así lo consideraron los padres de la historiografía griega moderna en el siglo XIX) de la historia de Grecia, hubieron de enfrentarse a la emergencia de nuevos riesgos y amenazas, algunas de carácter interno y heredadas de las décadas anteriores. Otras totalmente nuevas, provenientes tanto de la evolución de las formas socioeconómicas y culturales griegas como de las relaciones y conexiones del mundo helénico con su entorno mediterráneo, en un sentido muy amplio. Parece como si el tiempo de Filipo hubiese cristalizado todos estos cambios para generar una serie de procesos, la mayoría ya en marcha cuando Filipo llegó al poder, que desarrollarían en muchos sentidos la realidad griega posterior a Alejandro. Ciertamente es, además, que Filipo fue, y seguramente lo será siempre en las páginas de los historiadores, el gran enemigo del concepto mismo de polis en tanto que comunidad independiente, y ello le enfrenta directamente con muchos de los ideales que Occidente ha abrazado tradicionalmente de la Hélade como cuna de Europa, lo que no ayuda, claro, a la recepción de Filipo y su papel en la Historia Antigua. Decía Plutarco de Sila que era el más grande general de la Antigüedad pues superaba al resto en la calidad y cantidad de sus adversarios. Sin embargo, esta idea seguramente podría aplicarse, sin muchos miramientos, al mismo Filipo, enfrentado, no ya en el terreno de batalla pero sí en el del porvenir, al mismo Alejandro, además de a la memoria de Epaminondas, la audacia y elocuencia de Demóstenes, la grandeza de Atenas y Esparta, la rivalidad de potencias emergentes que buscaban para sí lo que él consiguió para Macedonia, la poderosa personalidad de esposas como Olimpiade del Epiro, y un larguísimo etcétera de personajes, intrigas, aventuras, placeres y desgracias que dibujaron una vida de auténtica leyenda. A relatar en lo posible lo sucedido, y analizarlo mediante la metodología propia de la historia de Grecia antigua, dedicaremos las siguientes páginas.

Para estudiar la figura de Filipo y su tiempo, hemos propuesto una aproximación que puede dividirse en dos grandes bloques. El primero de ellos plantea un acercamiento de carácter geográfico y político, focalizado en las relaciones, los hechos políticos y militares de los diferentes agentes protagonistas del ascenso paulatino de Macedonia en la expansión de su hegemonía sobre la Hélade. Mediante capítulos de diferentes autorías centrados en Filipo y Atenas, Esparta, Beocia, Tesalia y el resto de fronteras (Epiro, Iliria, Tracia) de Macedonia, junto con la omnipresente Persia, hemos tratado de dibujar la historia vital de Filipo y la evolución de su reinado, al tiempo que observamos las diferentes fases, métodos y estrategias de sus relaciones con las comunidades griegas. El segundo bloque, de carácter temático, abandona los hechos para señalar los diferentes factores que podemos advertir en las relaciones de Filipo con su familia, el ejército, los dioses o los intelectuales. De este modo, la perspectiva de estas páginas no es solo diacrónica, dando lugar así a perspectivas culturales que superan el mero estudio de los hechos. A estos dos bloques, hemos sumado un capítulo introductorio sobre el reino de Macedonia y la imagen de Filipo desde la Antigüedad hasta nuestro tiempo, y, al final, un capítulo sobre el panhelenismo (escrito por Domingo Plácido) y otro sobre la tumba de Vergina en la que muchos han querido ver enterrado a Filipo, junto con la correspondiente controversia sobre tal atribución. Una cronología orientativa cierra este volumen ¹.

A modo de advertencia metodológica, cabe decir que para la bibliografía hemos empleado el sistema de cita americana, que se completa con la lista bibliográfica que puede encontrarse al final del libro. Asimismo, para las referencias a las fuentes y autores antiguos, hemos empleado siempre, en lo posible, las habituales del Liddell-Scott, y las del *Oxford Latin Dictionary* para los autores latinos. Como siempre debe haber excepciones, en el caso de Diodoro, Plutarco y Justino hemos preferido una abreviatura más usual (Diod., Plut., Iust.) a la propuesta por el *Lexicon* del Liddell-Scott.

Por último, merece decirse que este libro no hubiese sido posible sin las muchas plumas que lo han escrito. Nunca es fácil llevar a buen puerto un volumen colectivo, pero éste más que otros ha conseguido convertirse en una realidad gracias al esfuerzo, dedicación, preocupación, empatía, profesionalidad y amor por la antigua Grecia que profesan las personas que han sido responsables de su redacción. Ha costado más de lo que cualquiera podría imaginar, tanto por la dificultad de la tarea como por la ambición misma del proyecto, cuya primera idea la discutíamos allá por 2014. Desde entonces, este libro ha contado con la atenta y cuidadosa mirada de padrinos que han velado por que finalmente llegase el libro a convertirse en una realidad. Laura Sancho, César Fornis y Jose Pascual, además de F. J. Gómez Espelosín, Antonio Ignacio Molina Marín y Domingo Plácido han sido acérrimos valedores del mismo. A ellos se incorporaron más tarde, por circunstancias de las vidas, Fernando Echeverría, Marc Mendoza y Alejandro Díaz, que han cumplido con su tarea de forma meritoria. También tienen mérito en este libro personas como Clàudia Zaragoza, colaboradora del mismo en la primera fase de gestación. Este libro no sería hoy tan solo

¹ Al cierre de la edición, no ha sido posible incluir en este volumen dos obras nuevas, que probablemente habrían influido en algunos de estos capítulos: Heckel–Müller–Pownall 2020; Hatzopoulos 2020.

una idea más en un cajón de no ser por el esfuerzo de estas personas. Y en el tono personal que nos gustan las cosas, queremos dejar aquí constancia de la emoción que nos produce saber cómo de interesante era aquel proyecto en su primer momento para que finalmente les haya ilusionado tanto como para convertirla en lo que ahora tiene quien ahora lee estas líneas entre sus manos.

Si hay que dedicar este libro a alguien, pues, creemos que debe ser a estas personas, y a cuantas vean este volumen y crean que merecería la pena darle un vistazo, por pequeño que sea. La vida y el mundo se cambian poco a poco, precisamente, por medio de pequeños vistazos y esfuerzos cotidianos.

BORJA ANTELA-BERNÁRDEZ & MARC MENDOZA
(Mediona–Sabadell, enero de 2020)

FILIPO, ENTRE MACEDONIA Y LA HISTORIA

Borja Antela-Bernárdez

El reino de Macedonia

La Macedonia antigua era un vasto país que se extendía más allá del prominente monte Olimpo², y cuyas fronteras septentrionales llegaban hasta los territorios de Iliria y Tracia, regiones pobladas por pueblos que los griegos consideraban bárbaros³. El territorio macedonio se dividía en dos grandes áreas. La Alta Macedonia, situada en el cuadrante occidental del país, era una zona montañosa que se extendía desde la falda del Olimpo hasta la ribera del río Haliacmón, incluyendo las cordilleras de la región de Pieria y Vermio. La Baja Macedonia, que ocupaba el área oriental del reino hasta el mar, se extendía a lo largo de llanuras hasta el Golfo Termaico, bien poblada gracias a las numerosas ciudades de su territorio, entre las que destacaban Egas, la capital sagrada, Dion y, sobre todo, Pella, que albergaba la corte de los reyes. Esta amplísima geografía contrasta con el reducido espacio que ocupaban las poleis griegas.

Sin embargo, muchos autores coinciden en la imposibilidad de definir geográficamente de manera categórica el espacio del reino de los reyes macedonios⁴. El término Macedonia hace de hecho referencia sencillamente al territorio dominado por los Argéadas. Efectivamente, ello confiere a Macedonia una definición de carácter político por encima de la eminentemente geográfica, y al mismo tiempo, convierte la delimitación del reino en un aspecto de una fuerte variabilidad a lo largo de la cronología en la que existió en manos de los Argéadas. Todo ello contribuye a la necesidad de cautela a la hora de establecer restricciones y preconceptos.

² El sorprendente silencio de la historiografía española sobre las cuestiones referentes a la Macedonia argéada y Filipo ha sido solo roto por la obra de carácter general de Agudo 2016.

³ Sobre las fuentes en relación con Macedonia y los macedonios, vid. Rhodes 2010, 24-32. Sobre la población que habitaba Macedonia siguen siendo referentes los trabajos de Hammond 1972, 12-18; 1989, 1-12. Por otra parte, los trabajos básicos sobre geografía del antiguo reino de Macedonia son los de Hammond 1972, 2-5 (breve), 19-211 (con profundo detalle); Sivignon 1983; Borza 1990, 28-50; King 2010, 67-76; Ruffing 2017. Por su parte, Palagia 2017 resume algunas de las evidencias arqueológicas sobre los Argéadas, y aunque desactualizado, una buena colección de datos arqueológicos puede encontrarse en Hammond–Griffith 1979, 91-97, 141-150, 189-200.

⁴ Edson 1958; Hammond 1971, 3-5; Hammond 1989b, 49-53; Borza 1991, 28; Hatzopoulos 1995; Hatzopoulos 2011a.

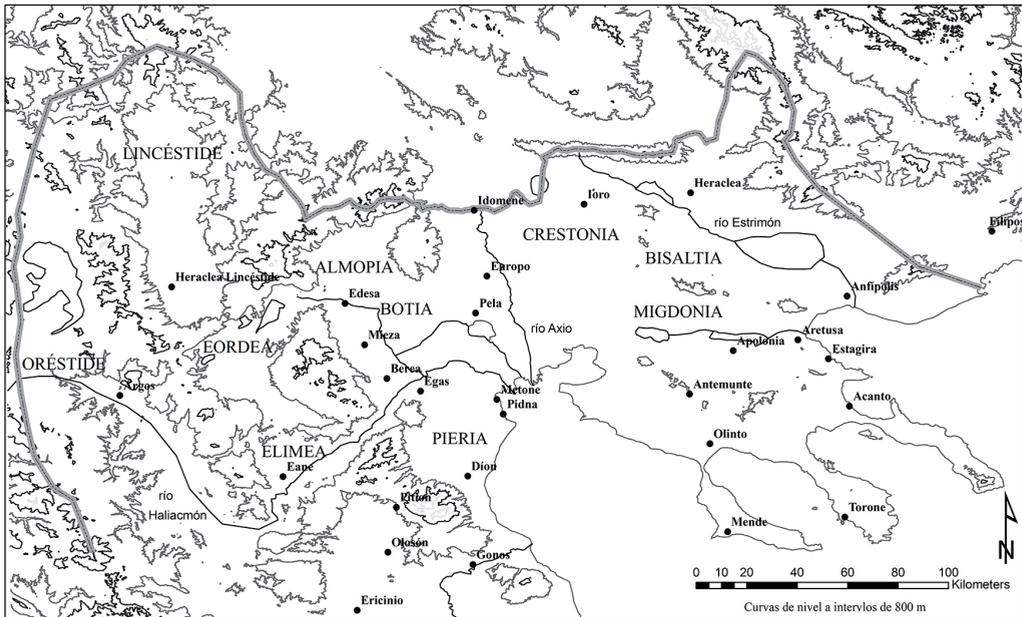


Figura 1. Macedonia en época de Filipo II

En su amplio territorio, Macedonia disfrutaba de una gran abundancia de recursos⁵. La madera, considerada por el eminente filósofo Teofrasto (HP 5.1.7) como la mejor del Egeo para la construcción naval⁶, así como la capacidad productiva de las fértiles tierras de la Baja Macedonia⁷ o los abundantes prados de los valles formados a la falda de las montañas de la Alta Macedonia⁸, donde los rebaños podían pacer cómodamente, permitía que el reino fuese absolutamente independiente y mantuviese una estabilidad productiva y una autonomía de recursos que difícilmente podía apreciarse en sus vecinos helenos al sur del Olimpo⁹. No obstante, esta prosperidad también atraía las atentas miradas de los pueblos más allá de sus fronteras en el norte, de modo que con regular frecuencia las diferentes tribus tracias o ilirias invadían las regiones del reino de Macedonia para obtener botín y excedente alimenticio,

⁵ Sobre los recursos naturales del reino de Macedonia, vid. Hammond 1971, 10-16; Borza 1982a; 1991, 50-57; Millet 2010, 474-488; Hatzopoulos 2011a, 48. Igualmente, es interesante el reciente trabajo de Heckel 2017 y Ruffing 2017.

⁶ Borza 1987b.

⁷ Hammond–Griffith 22-31, esp. 28-29.

⁸ Sobre la Alta Macedonia, vid. Hammond–Griffith 14-22.

⁹ Sobre las relaciones económicas y de explotación de recursos entre las *poleis* griegas y los reyes macedonios, vid. Millet 2010; Hatzopoulos 2011b; Antela-Bernández 2017. Sobre las ciudades en el reino de Macedonia, vid. Akamatis 1993; Hatzopoulos 2004; Mari 2006; Hatzopoulos 2011c. Asimismo, sobre los magistrados cívicos en las ciudades macedonias, vid. Hatzopoulos 1996, I, 149-167.

sembrando el caos y la destrucción¹⁰. Estas incursiones bárbaras, por otra parte, incidían negativamente en la estabilidad del reino, abocado con frecuencia a mantener una vigilancia férrea y constante de sus fronteras que, por otra parte, a menudo implicaba acciones militares, pérdidas humanas e incluso la muerte de algún monarca. Macedonia era, pues, pese a sus recursos y su abundante población, una estructura débil y sometida a una intensa inestabilidad política provocada por la injerencia externa, los ataques de sus vecinos y las intrigas internas en torno a la corona¹¹. A esta inestabilidad contribuía también la política matrimonial de los Argéadas, polígama¹², y con una habitual intención diplomática¹³. Esta poligamia pretendía favorecer la cantidad de sucesores al trono, pero a menudo resultó en un mayor número de intrigas y conflictos sucesorios.

Por su parte, los griegos también consideraron a menudo a los macedonios como bárbaros, identificándolos con sus belicosos vecinos del norte. Existía, efectivamente, toda una serie de diferencias entre las poleis griegas, donde los gobiernos solían estar organizados por medio de instituciones y magistrados públicos que eran muy a menudo de carácter electo; la Macedonia antigua estaba regulada por un monarca, miembro de la familia real de los Argéadas (a menudo también llamados Teménidas), que remontaba sus orígenes al mítico Heracles, probablemente el héroe panhelénico por excelencia, y por tanto, se consideraban a sí mismos griegos legítimos¹⁴, a través del mito de los heraclidas Pérdicas y sus hermanos, recogido por Heródoto¹⁵.

De este modo, la antigua Macedonia era considerada a nivel jurídico como la suma de las dos entidades: de una parte, el rey¹⁶, y de otra los macedonios¹⁷. Del mismo modo, el mito de la conquista por los Argéadas convertía a los reyes en comandantes en jefe de los ejércitos macedonios, y por tanto, responsable y garante de la paz y la seguridad del reino¹⁸. Esta autoridad como líder militar de los Argéadas se sumaba al resto de prerrogativas del rey,

¹⁰ Sobre las relaciones entre macedonios e ilirios, vid. Greenwalt 2010. Para los tracios, Archivald 2010.

¹¹ Worthington 2003b, 70-72.

¹² Sobre la poligamia argéada y la sucesión en Macedonia, resulta excelente el trabajo de Fernández Nieto 2005.

¹³ Los trabajos fundamentales sobre las reinas de los Argéadas, y sobre las mujeres en Macedonia en general, son los de Carney 1992a; 1995; 2000; 2002; 2003; 2010a; 2010b; 2017, a los que debemos añadir el magnífico trabajo de Mirón 2000.

¹⁴ Sobre la "helenidad" de los reyes argéadas y los macedonios se ha escrito muchísimo, ya desde la antigüedad: vid. Hammond-Griffith 1979, 39-54; Badian 1982b; Hall 2001; Hatzopoulos 2011b. También resultan interesantes los trabajos de Borza 1995; 1996. Por otra parte, sobre la historia del conflicto político actual entre el estado griego y la ex-República yugoslava de Macedonia (FROYM), vid. Danforth 2010.

¹⁵ Hdt. 8.137-138; 10.139.1; Greenwalt 1986; Borza 1982b; Hammond 1989b, 2-3, 16-19.

¹⁶ No obstante, no hay evidencias del uso del título de rey por parte de los monarcas argéadas hasta Alejandro: Errington 1974. Por otra parte, Molina 2015 ha analizado el papel del monarca argéada como símbolo del orden cósmico.

¹⁷ Hammond 1988b; 1989, 58-60; 1995a.

¹⁸ Antela-Bernárdez 2009; 2011a. Para el ejército en tanto que institución en la Macedonia argéada, vid. Hatzopoulos 1996, 443-460.

en tanto que encarnación misma del estado macedonio, como las de responsable religioso de la relación entre el reino y lo divino¹⁹, o como propietario y gestor de los recursos del reino y de su cesión o explotación²⁰. La legitimidad del rey argéada proviene, de hecho, de su autoridad sobre el territorio como resultado del derecho de conquista sobre la tierra ganada por la lanza (*doriktetos chora*)²¹.

Junto con la corona y el pueblo macedonio, un tercer grupo parece claramente identificable, como era el de la aristocracia, con quien la corona mantenía una relación de dependencia y tensión constantes. Los nobles de Macedonia componían un círculo íntimo alrededor del rey, con el nombre de Compañeros (*Hetairoi*), pues acompañaban al rey en la batalla, conformando habitualmente la caballería del reino, y eran también el consejo consultivo que asesoraba al monarca en todas sus decisiones²². El conjunto de los *Hetairoi* albergaba no solo grandes propietarios y terratenientes, sino también pequeños y medianos propietarios, lo que permitía al rey oponerse a la autoridad de las grandes familias territoriales del reino. Por otra parte, junto con los *Hetairoi* existía también la institución de los pajes reales (*paidēs basilikoi*)²³, que fue probablemente creada por Filipo, y estaba constituida por los hijos de los Compañeros, que servían de pajes y asistentes del rey, lo que permitía a la corona educar a los futuros *Hetairoi*, crear elementos de cohesión entre éstos y la figura del rey y su entorno, y al mismo tiempo, obtener rehenes con los que quizás generar ciertas presiones entre posibles opositores.

Aristóteles, un buen conocedor de la sociedad macedonia, aseguraba que los reyes argéadas no gobiernan por la fuerza, sino por medio de la ley²⁴. Esta afirmación hace referencia a los límites del poder real a raíz, por una parte, de este consejo de nobles que acompaña al gobernante, en la guerra como en la paz, y a la existencia de una asamblea del ejército que era concebida como una representación del pueblo en armas. Las prerrogativas de esta

¹⁹ Sobre los reyes argéadas y la religión, vid. Mari 2002; Christesen–Murray 2010; Mari 2011b. Resulta interesante mencionar aquí el estudio de Fredricksmeyer 2003, aunque su atención está dedicada de manera monográfica a Alejandro, por su amplia visión sobre la cuestión, con completa bibliografía. Asimismo, también Antela-Bernández 2015; 2016a; Mendoza 2019.

²⁰ Sobre los poderes del rey macedonio, vid. Hammond 1989b, 21-24.

²¹ Thuc. 2.99.1; Arist. *Pol.* 1310b39; Arr. *An.* 2.14.7; Diod. 13.49.2, 17.17.2, 19.105.4. Vid. Mehl 1981-1982; Borza 1982b; Greenwalt 1986; Hammond 1988b, esp. 389; Seibert 1998; Antela-Bernández 2016b, con bibliografía; Antela-Bernández 2017. Asimismo, resulta muy interesante la explicación de Griffith 1965, 130-137 sobre las gestiones de Filipo (y Alejandro) en relación con las ciudades y la cesión de tierras a macedonios para aumentar el número de campesinos propietarios en el reino. En cualquier caso, para las cuestiones básicas sobre la administración de la tierra real, vid. Hatzopoulos 1996, I, 167-171.

²² Sobre el posible poder consultivo de los Compañeros, vid. Arr. *An.* 1.25.4; *Curt.* 6.8.1; 8.15; 11.9-11; Worthington 2003b, 72. Asimismo, sobre los Compañeros los trabajos fundamentales son los de Stagakis 1970; Hammond–Griffith 1979, 395-404; Hammond 1989, 53-58; Heckel 1986; 2003. Para un análisis de sus funciones en el ámbito administrativo, vid. Hatzopoulos 1996, I, 334-336.

²³ Para la institución de los pajes, vid. Heckel 1986; Hammond 1990; Heckel 1992; 2003, 205-206; Carney 2008.

²⁴ Arist. *Pol.* 1324b11. En un tono similar se expresan también *Curt.* 10.7.9; *Iust.* 24.5.14; *Plb.* 15.25.11. Asimismo, Ellis 1976, 24; Antela-Bernández 2009, 164.

asamblea²⁵, así como del consejo de nobles, han sido profundamente discutidas por los especialistas desde hace décadas, y existe una considerable controversia en este tema entre los historiadores, pero podemos aceptar que uno de los momentos más importantes del proceso de sucesión en los monarcas argéadas tenía lugar cuando los nobles que proponían a un candidato a la sucesión como heredero al trono y este candidato era a su vez ratificado, mediante aclamación, por el ejército reunido en asamblea. Por tanto, la monarquía macedonia distaba mucho de poder considerarse como un poder de carácter absoluto, y el rey argéada gobernaba como un *primus inter pares*, el primero entre iguales, de modo que la dependencia del trono en relación con estos grupos de presión debió traducirse efectivamente en una serie de límites de su poder, que en ocasiones había significado una debilidad de la corona para hacer frente a los problemas generales del reino, en beneficio de algunos intereses específicos de ciertos nobles o de potencias foráneas, como Atenas.

Ateneo de Náucratis recoge, entre sus diversas anécdotas sobre Macedonia, una según la cual Casandro, el hijo de Antípatro, no podía sentarse reclinado en los banquetes y celebraciones, pues ningún macedonio podía disfrutar de este privilegio si antes no había matado a un jabalí salvaje sin ayuda de una red²⁶. La historia parece hacer referencia a algún tipo de rito de paso o de madurez, pero sobre todo, a la importancia social y cultural que en Macedonia debió tener la actividad de la caza, una de las actividades que definían la posición del rey, así como la de sus nobles²⁷. Es muy probable, no obstante, que la caza menor tuviese un carácter tradicional y sirviese como complemento de la dieta de la mayor parte de la población, pero algunos animales, especialmente los de caza mayor, estaban reservados por medio de normas consuetudinarias y legislaciones y solo podían ser cazados por aquellos miembros de los círculos en ejercicio de la autoridad. En efecto, los animales y las escenas de caza tienen un gran protagonismo en la iconografía macedonia, con ejemplos destacados como los del friso de la entrada de las tumbas reales de Vergina (antigua Egas), el precioso mosaico de Pella sobre la caza de un ciervo por unos muchachos armados con hachas rituales o incluso la caza del león esculpida en el excepcional relieve de los laterales del sarcófago de Abdalónimo.

Por tanto, la caza mayor era uno de los elementos fundamentales de la educación de los jóvenes nobles en Macedonia, como indica el caso de Casandro. De hecho, cuando Alejandro ordenó crear un cuerpo de jóvenes persas con el que formar un nuevo ejército a su servicio, y designó que se les educase a la manera macedonia²⁸, es probable que la caza

²⁵ Existe una gran controversia sobre el poder de una supuesta “asamblea” de los macedonios, a través de una asamblea del ejército, con poder para limitar la autoridad real. Si bien no trataremos aquí esta compleja cuestión, puede consultarse la bibliografía pertinente sobre el tema en Briant 1973, 279-350; Goukowski 1975; Lock 1977; Errington 1978, L86, 90; Lévy 1978; Hammond 1989b, 60-70; Anson 1985; 1991; Hatzopoulos 1996, I, 139-149; O’Neil 1999; Greenwalt 2015.

²⁶ Athen., 1.18a; Briant 1990, 305-307; Carney 2007, 144; Antela-Bernárdez-Zaragozá 2018, 16. Asimismo, conocemos también el episodio de Hermolao, ridiculizado por Alejandro en una caza de jabalí: Arr. An. 4.13.2; Curt. 8.6.7; Heckel 2006, 138-139. Asimismo, sobre costumbres sociales macedonias, vid. Sawada 2010.

²⁷ Carney 2002.

²⁸ Bosworth 1980, 17-20.

estuviese entre las destrezas que estos muchachos debían adquirir. Asimismo, sabemos de diferentes cacerías organizadas por Alejandro durante su campaña asiática²⁹. Sin embargo, no todos los animales estaban permitidos en las cacerías, y parece que la caza del león hubiese sido una prerrogativa única del rey, como demuestran las muchas representaciones mencionadas, que parecen mostrar en ésta un valor simbólico de gran importancia. Una anécdota recogida por Curcio explica cómo Lisímaco había matado un león con sus propias manos, lo que fue advertido como un vaticinio de su futura obtención del estatus de rey³⁰. Ciertamente, existía en la mitología griega toda una tradición en conexión con esta caza del león, como sucedía en el caso de Heracles ante el león de Nemea³¹, un ejemplo que ciertamente debía estar muy presente en la memoria colectiva de los Argéadas, en tanto que heraclidas³². No obstante, investigaciones recientes han puesto en contacto esta tradición de la caza del león con las influencias orientales, y en especial de procedencia persa, sobre la cultura macedonia³³.

Efectivamente, la influencia y presión del reino aqueménida sobre Macedonia debió ser un elemento destacado en la configuración de las instituciones del reino argéada³⁴. Con un territorio en constante expansión, que se extendía desde las orillas de la península de Anatolia hasta los márgenes del Indo, incluyendo Egipto a través de Mesopotamia y de las estepas septentrionales del Asia Central, el imperio persa era, desde su aparición a mediados del siglo VI, el gran poder del Mediterráneo oriental. En los albores de las Guerras Médicas, Darío I envió a Megabizo en 510 a la corte de Amintas I, quien sometió el reino, convirtiendo a Macedonia en cliente del Gran Rey aqueménida hasta la victoria griega en Platea³⁵, periodo en el que la influencia directa de Persia sobre Macedonia acabaría por servir para definir diversos aspectos e instituciones de la organización del reino de los Argéadas³⁶.

²⁹ Briant 1993.

³⁰ Curt. 1.8.11-17.

³¹ Sobre Hércules y los reyes argéadas, en especial Alejandro, vid. Antela-Bernández 2007b; 2016, ambos con extensa bibliografía sobre la cuestión.

³² Sobre la imagen de la caza del león en la cultura macedonia, vid. Palagia 2000. Por otra parte, es probable que exista algún tipo de elemento simbólico en la figura real macedonia en relación con la dominación de los animales: Alonso Troncoso 2013; 2014; 2018.

³³ Briant 1990; 1991; Antela-Bernández-Zaragozá 2018, 11-13.

³⁴ La monografía fundamental sigue siendo Kienast 1973. En un trabajo reciente, Wiesehöfer 2017 analiza algunas de las herencias e impactos aqueménidas en Macedonia.

³⁵ Hdt. 5.17-19; Hammond 1989b, 42-45. Asimismo, Borza 1982b; Brosius 2003.

³⁶ Sorprende que uno de los elementos fundamentales de la propaganda macedonia de Filipo y Alejandro sea el de la venganza contra los persas por las ofensas recibidas por los griegos durante las Guerras Médicas, puesto que Macedonia habría combatido en el bando persa, al menos hasta Platea, si la tradición de la traición de Alejandro I es cierta: Cf. Borza 1982b.

La fortuna de Filipo en la historia

Una de las más extrañas paradojas de la historia antigua impone sobre Filipo un sorprendente silencio³⁷, que contrasta con el ensordecedor triunfo del recuerdo que la historiografía y la cultura popular han mantenido sobre su hijo Alejandro. La escasez de nuestras fuentes sobre la vida y el gobierno de Filipo II de Macedonia no hace sino agravar este silencio³⁸. Esta problemática no nos permite interpretar la intención, si laudatoria o burlesca, de la tan manida afirmación de Teopompo: que nunca Europa había producido un hombre como él³⁹. Los excesos con los que Filipo aparece, además, representado en las fuentes contemporáneas, de origen ateniense, claramente contrarias a su figura, con Demóstenes a la cabeza, no hicieron sino acentuar una imagen de Filipo como bebedor, pendenciero, traicionero y corroído por una irrefrenable ambición. Es evidente, aunque no lo ha sido siempre a lo largo de la historiografía, que los elementos que conformaron este perfil de Filipo tenían como ingredientes básicos la imagen hostil de las tradiciones antitiránicas y antimonárquicas atenienses, así como el conflicto de intereses de Atenas con Filipo. Esta percepción reflejada por los atenienses de su tiempo seguramente tuvo un correlato positivo por parte de aquellos que consideraban a Filipo favorablemente, pero quedó perdido o silenciado por la preeminencia ateniense de nuestras fuentes.

Asimismo, la imponente y deslumbrante sombra de su hijo Alejandro ha puesto frecuentemente a Filipo en un segundo plano⁴⁰. Pese a ello, Alejandro nunca hubiese podido conquistado Asia de no ser por la profunda reforma diplomática, militar y socioeconómica que con anterioridad había llevado a cabo Filipo en Macedonia. En las *fuentes de Alejandro* podemos advertir con claridad cómo Alejandro expresa, de un modo consciente, su deuda con la enorme herencia legada por su padre:

“Filipo os encontró siendo unos vagabundos indigentes: muchos de vosotros, mal cubiertos de burdas pieles, erais pastores de unas pocas ovejas allá en los montes, ovejas que teníais que guardar (y no siempre con éxito) de los ilirios, tríbalos y vuestros vecinos tracios. Fue Filipo quien os facilitó clámides en vez de vuestras toscas pieles, os bajó del monte a la llanura, os hizo contrincantes capaces de pelear con vuestros vecinos bárbaros, de suerte que pudierais vivir confiados, no tanto en la seguridad de vuestras fortalezas del monte como en la capacidad de salvaros

³⁷ Para todo lo relacionado con la bibliografía sobre Filipo, resulta obligatorio el imponente trabajo de Molina 2018, 49-52 con bibliografía extensiva, ordenada por apartados.

³⁸ Por Athen. 13.557 conocemos el texto de Sátiro (*FGrH* 3.161 F5) sobre los matrimonios de Filipo. Conservamos además algunas informaciones en pasajes de los *Moralia* de Plutarco (*Mor.* 177C-179D). No obstante, el texto más rico y mejor conservado es el del libro XVI de Diodoro, que ha recibido la atención de dos comentaristas históricos: Sordi 1969; McQueen 1995. A Diodoro podemos sumar las valiosas aportaciones del *Epítome de las Historias Filípicas de Pompeyo Trogo* de Justino (libros VII-IX). Por último, podemos mencionar aquí el trabajo de Bradford 1992, que pretende elaborar una biografía de Filipo a través de las fuentes.

³⁹ Plb. 8.10.7ss. (= Theop. T 19 y F 27).

⁴⁰ Vid. Brosius 2003; Squillace 2015.

por vuestros propios méritos. Os hizo habitar las ciudades y os proporcionó leyes y costumbres en extremo útiles. Os dio el mando de aquellos pueblos bárbaros (por quienes antes estabais dominados y a quienes vivíais sometidos vosotros y vuestros bienes), haciéndoos sus dueños en vez de sus esclavos y servidores; anexionó la mayor parte de Tracia a Macedonia y, apoderándose de los asentamientos más idóneos de la zona costera, atrajo el comercio a la región, posibilitándoos trabajar con seguridad las minas de metales. Os hizo los dueños de Tesalia, ante cuyos habitantes desde tiempo inmemorial estabais muertos de miedo; humilló a los focenses y, en nuestro propio beneficio, hizo ancho y cómodo el camino que conduce a Grecia, en lugar de estrecho e intransitable como era. Debeló a los atenienses y tebanos (quienes antaño continuamente acechaban el mejor momento de acabar con Macedonia) hasta el punto de que, en vez de pagar tributos a Atenas y vivir sumisos a los tebanos, son ellos los que han de solicitar de nosotros a su vez seguir viviendo en seguridad (política de mi padre, de la cual nosotros ahora somos sus herederos).

Pasó luego al Peloponeso, donde también impuso el orden, y cuando fue designado Comandante de toda Grecia con plenos poderes para organizar la expedición contra los persas, consiguió esta nueva reputación no solo para sí mismo, sino especialmente para la comunidad macedonia⁴¹.

Sin duda, el discurso de Alejandro recogido por Tal y como ha señalado de manera brillante G. Squillace, resulta difícil imaginar la grandeza de Alejandro sin el plan proyectado inicialmente por Filipo, hasta el punto de que no podemos hablar de una propaganda propia para Alejandro en Asia, al menos hasta la derrota de Darío⁴². Existió, pues, en la tradición clásica posterior, una especie de querrela sobre el auténtico valor histórico de la hazaña, de inmortal memoria, de Alejandro, en oposición al legado que éste había recibido de su padre. Esta tensión entre autoridad paterna y “personalización del poder”⁴³, aparece en cierto modo ya en obras como la de Valerio Máximo⁴⁴. A su vez, Valerio Máximo establece también ciertos vínculos históricos entre el Filipo dominador de Grecia tras Queronea en 338 y la Roma que sometía a los aliados latinos en la misma fecha⁴⁵, subrayando los paralelismos entre Roma y los dos grandes reyes argéadas no solo por medio de los *exempla* de la vida de Alejandro usuales en la época dirigidos a los líderes, y en especial a los emperadores, frecuentemente enfrentados a la imagen de Alejandro, entre la admiración y la repulsa. Frente a este carácter de modelo de emperadores, positivos y negativos, de Alejandro, Filipo

⁴¹ Arr. *An.* 7.9.2.6 (trad., Guzmán Guerra 1982). El texto coincide, con ciertas diferencias, en Curt. 10.2.13-30; Diod. 17.109; Plut. *Alex.* 71.

⁴² Squillace 2010a; 2015.

⁴³ Antela-Bernández 2005, 202ss.

⁴⁴ Spencer 2015, 178-179.

⁴⁵ Spencer 2015, 180-181.

obtuvo en la literatura imperial romana un lugar un poco más didáctico en términos de monarquía, gobierno y liderazgo militar⁴⁶.

La más frecuente oposición entre padre e hijo, sin embargo, aparece ya en nuestras fuentes a través del discurso de Clito en favor de Filipo y contra Alejandro⁴⁷, estableciendo una confrontación argumental que tendrá mucho eco en la Antigüedad y las épocas posteriores. En el *Diálogo de los muertos* que Luciano de Samósata dedica al encuentro entre Filipo y Alejandro encontramos muchos paralelismos con lo que pudieron haber sido las palabras de Clito, como la crítica de Filipo al deseo de Alejandro de mostrarse como hijo de Amón, la dudosa calidad de las victorias asiáticas sobre bárbaros de Alejandro frente a los éxitos de Filipo sobre los griegos o los desmanes de Alejandro en el trato de sus allegados⁴⁸.

Esta querella y sus argumentos debieron de ser un lugar común de la percepción de Alejandro, y por ende de Filipo, en la Antigüedad. Durante la Segunda Sofística, el uso que esta implicación de interrelación entre los éxitos de Alejandro y la labor previa de Filipo tuvo un carácter dual, alimentando en ocasiones, como en el caso de Luciano, la oposición a Alejandro, o por el contrario ayudando, como en Arriano, Plutarco y Dion Crisóstomo, a entender a Alejandro positivamente en su contexto macedonio⁴⁹.

Si bien algunos autores dedican partes de sus Historias a Filipo⁵⁰, como es el caso de Orosio, aunque el tono es claramente negativo, en su juicio al rey macedonio, sorprende advertir cómo desde un punto de vista más general éste no parece haber tenido la suficiente autoridad ante los intelectuales como para merecer una página propia en la historia, más allá de su papel como padre de Alejandro⁵¹, más allá de escasas excepciones, como la monumental *Historias Filípicas* de Pompeyo Trogo, conservada en el *Epítome* de Justino, el papel central conferido en algunas tradiciones historiográficas grecorromanas, probablemente herederas de Teopompo, o a lo largo de la vasta obra de Plutarco, donde se recogen una serie de imágenes en equilibrio entre la imagen positiva y negativa de Filipo y cómo ésta pervivió en la cultura grecorromana.

Esta tendencia será aún más notable en las tradiciones medievales sobre Alejandro, donde vemos cómo Filipo aparece solo en su calidad de padre del héroe, pero sin un papel meritorio por sí mismo en la historia. Pese a ello, a raíz de la ausencia de fuentes griegas a

⁴⁶ Welch 2016.

⁴⁷ Curt. 8.1.23-33; Arr. *An.* 4.8.6; Plut. *Alex.* 50.11; Iust. 12.6.3-4.

⁴⁸ Luc. *DMort.* 12. En 12.3 el Filipo de Luciano menciona directamente a Clito como fuente para muchas de sus opiniones sobre los defectos de su hijo. Vid. Müller 2018, 81-82.

⁴⁹ Asirvatham 2015. Igualmente, sobre estas cuestiones, vid. Bowie 1970.

⁵⁰ Oros. 3.12-15. La visión de Orosio sobre Filipo es especialmente negativa, considerando su reinado como “ejemplo de miserias” (15.1). Sobre Orosio como fuente para Alejandro (y Filipo), vid. Ross 1988, 75. Es posible que la imagen negativa de los macedonios en el *Libro de los Macabeos* de la tradición bíblica pueda tener en Orosio un peso específico que afecte también a su percepción sobre Filipo. Sobre Alejandro en las tradiciones hebreas, vid. Dönitz 2011,

⁵¹ El peso de la comparación entre Filipo y Alejandro en Iust. 9.8.8-21 en la tradición medieval debió haber sido capital, como señala Cary 1956, 278 n.4. Sobre Justino como fuente de Alejandro y Filipo en época medieval, vid. Ross 1988, 77.

disposición de los eruditos medievales de occidente, mucho de lo expresado en los relatos históricos sobre Alejandro en su relación con su padre se basaron en una supuesta carta de Filipo a Alejandro, transmitida por Cicerón (pero con ideas sobre Alejandro y Filipo presentes también en la tradición estoica de Séneca o Valerio Máximo), en la que el padre critica al hijo por usar regalos para contentar a sus hombres, corrompiéndolos⁵². Esta crítica encierra, además, un deseo de mostrar a Filipo como modelo de moderación y autocontrol frente al vanidoso descontrol y la lujuria material de Alejandro⁵³. Los autores medievales opusieron la *luxuria* de Alejandro a la *frugalitas* de Filipo⁵⁴, pero Alejandro, pese a ello, siguió siendo un personaje que servía de modelo de vida, y en los relatos sobre ésta, Filipo solo era referido bien como contrapunto, bien en relación a la discusión sobre si Alejandro era hijo suyo o de Nectanebo, lo que demuestra solo el enorme impacto de la tradición de la *Novela de Alejandro* en la tradición medieval occidental⁵⁵. Sin embargo, en los romances de finales de la Alta Edad Media, como ejemplifican los casos del *Libro de Alexandre* en la literatura española, o al *Roman d'Alexandre* de Alexandre de Paris en la literatura francesa, la figura de Filipo adquiere un poco más de protagonismo, en tanto que rey vasallo de Darío, a quien combatirá exitosamente Alejandro⁵⁶. No obstante, la presencia de Filipo en estas narraciones es siempre de carácter secundario, y no como auténtico protagonista, a la sombra (y en ocasiones, en clara contraposición) de las hazañas que tras su muerte emprenderá Alejandro.

En el ámbito oriental, la tradición sobre Alejandro también incluye menciones a Filipo, aunque el centro fundamental de su presencia es, también, el aspecto paterno, con atención a la tradición de la *Novela de Alejandro* sobre Nectanebo⁵⁷. Están también presentes las coincidencias temáticas en relación al vasallaje de Filipo ante Darío, procedentes a su vez de las tradiciones de la *Novela de Alejandro*⁵⁸. No obstante, algunas tradiciones orientales sobre Alejandro incluyen una curiosa transgresión de la tradición histórica, al convertir a Alejandro y Darío en familiares. En estas versiones, Filipo, denominado Filafûs/Faylakûs/Filqus/Filqûs/Qîlaqûs, según los orígenes y épocas de las versiones, habría dado a Dârâb (Darío) una hija en matrimonio, de la que nacería Alejandro (Iskandar)⁵⁹.

⁵² Cic. *De Off.* 2.15.52-53.

⁵³ Cary 1956, 87-88.

⁵⁴ De nuevo el texto de origen será probablemente Iust. 9.8.8-21. Vid. Cary 1956 278-279 n.4. Como señala Cary, la percepción antigua de *luxuria* hacía referencia a un exceso material, frente a la medieval que refería su significado al ámbito sexual, por lo que la opinión medieval sobre Alejandro, en este aspecto, estaba fuertemente marcada por esta interpretación.

⁵⁵ Müller 2012, 82-86.

⁵⁶ Pickens 2002, esp. 92-93. El contexto seguramente tiene que ver también con el patrocinio que Felipe II de Francia tuvo sobre los autores de esta época (Kibler 2002, 111, 121-124), y sobre la intención de establecer paralelismos onomásticos con los reyes Felipe de Francia, y quizás, incluso, con las Cruzadas: Lafferty 2012, 182.

⁵⁷ Grignaschi 1996, esp. 116-117; Kappler 1996, esp. 165-166.

⁵⁸ Jouanno 2012, esp. 109.

⁵⁹ Sawyer 1996, esp. 137-138; Doufikar-Aerts 2012, 66; Malteghi 2012, 164-166; Zuwiyya 2012a, 216; 2012b, 85.

Con la época moderna y el inicio de nuevos conceptos de imperialismo europeo, la imagen de Filipo vuelve a retomarse, aunque de manera puntual, como ejemplo de capacidad estratégica y de disciplinada superioridad del gobernante en beneficio del bien común, a pesar de lo cuestionable de sus medidas. Así es al menos como podemos entender la presencia de Filipo en *El Príncipe* de Maquiavelo, por poner el ejemplo más reseñable. En cualquier caso, frente al imperio universal y la gloria eterna del conquistador invencible que fue Alejandro, Filipo sigue siendo el ejemplo de un capitán que unifica un reino, haciendo frente a todas las dificultades. Seguramente, este modelo debió tener un valor interpretativo de interés, por ejemplo, en regiones como Italia. Por otra parte, la conquista de América motivó en buena medida una relectura más de Alejandro⁶⁰, lo que supuso también una recuperación del valor histórico de Filipo por sí mismo, en tanto que capitán digno de ser tomado como *exemplum*, modelo o medida de éxito. Así aparece, por ejemplo, en *La Dragonetea* de Lope de Vega (1598)⁶¹. Por otra parte, de nuevo las onomásticas reales, como había sucedido en Francia, ayudan a la recuperación de la memoria popular e histórica de Filipo, y de entre los Austrias en la Península Ibérica, los monarcas “Felipes”, en especial Felipe II, debieron servir para popularizar la figura histórica del rey macedonio.

La época de la Ilustración, con su revisión sobre Alejandro y el pasado en general, tuvieron también cierta incidencia en la recepción de Filipo. Conocemos por ejemplo la obra del abad Sérán de la Tour (1740) titulada *Histoire de Philippe, roi de Macédoine, père d’Alexandre*, que parece beber de los fundamentos biográficos de Plutarco para señalar personajes que sirvan de modelos en la vida⁶², en especial a monarcas y gobernantes. En la misma línea de la historia como lección para la vida escribirían sobre Filipo, y sobre Alejandro, autores como Charles Rollin en su *Histoire Ancienne* (1730), Claude Mathieu Olivier en la *Histoire de Philippe roi de Macédoine, et père d’Alexandre* (1740), Thomas Leland en la *The History of the Life and Reign of Philip of Macedon, the father of Alexander the Great* (1758), o John Gast en su *History of Greece* (1782)⁶³, pero estas lecciones, que en Filipo se relacionan sobre todo con su genial capacidad de gestión de sus recursos y opciones, también comportaba en ocasiones una crítica a la desmesura de su ambición, alimentando la vida de las tradiciones ejemplares que sobrevivían en los autores antiguos, entre los que pervive todavía la tentación al recurso de la querrela entre el valor de Filipo y el de Alejandro para la Historia⁶⁴. No obstante, también hay nuevos posicionamientos, como el de Voltaire, que señala el siglo

⁶⁰ Bosworth 2000.

⁶¹ “También diré de Carlos Quinto historias, de aquel don Juan, terror de Asia, hazañas, de Filipo conquistas y memorias, de un Cortés español cosas extrañas”.

⁶² Briant 2012, 35; Müller 2018, 86.

⁶³ Quien consideraba a Filipo como poseedor de todas las virtudes militares, heredadas de Epaminondas, pero carente de cualquier virtud humana, aquellas que permiten calificar a los reyes como dignos de grandeza y bondad: Briant 2012, 226.

⁶⁴ Briant 2012, 40-42; 227.

de Filipo y Alejandro como el primer punto de inicio del progreso del espíritu humano⁶⁵. Asimismo, las reflexiones sobre las formas de las monarquías constitucionales llevan también a la revisión de la Macedonia argéada, en especial de Filipo y Alejandro, como sucede por ejemplo en el vol. V de la *History of Greece* de W. Mitford (1818)⁶⁶. Este diálogo entre presente y pasado se extiende también a los paralelismos personales, por los que Filipo es asimilado a personajes como Louis XIV o Federico de Prusia, en tanto que modelo antiguo de gobernante ilustrado⁶⁷. Este proceso seguirá vigente en el siglo XIX, como ejemplifica la obra de Niehbur, donde Filipo es asimilado a Napoleón⁶⁸.

En constante oposición con la tradición de los discursos de Demóstenes, Filipo es, más allá de sí mismo y de su propia historia, un símbolo indeleble para los europeos de la época moderna de gobernante implacable y de voluntad férrea, con sus defensores y detractores en función de las ideas y situaciones de cada momento presente. Por otra parte, también algunos autores comienzan a preguntarse qué habría pasado con la historia si Filipo no hubiese sido asesinado. Esta tradición, que comienza en la *Grecian History* (1707) del inglés Temple Stanyan, y llega hasta, como mínimo, Arnold Toynbee, refleja una perspectiva positiva hacia el valor de Filipo y sus proyectos políticos por sí mismo, más allá de Alejandro⁶⁹. En 1831, Droysen, siguiendo las enseñanzas de Hegel, publica su *Geschichte Alexanders des Grossen*, que sintetiza en muchos aspectos las inquietudes nacionalistas de su tiempo, desde las cuales Filipo es un héroe fundamental de la evolución de la Humanidad, como también lo sería Alejandro en otros términos⁷⁰. Por ejemplo, esta percepción asimiló rápidamente a Filipo con Bismarck⁷¹. Es posible que la expansión colonial europea por el mundo previa a la I Guerra Mundial hubiese alimentado muchas simpatías entre algunos historiadores de la Antigüedad como K. J. Beloch, Holm o Eduard Meyer, sobre la idea de transformación de la cultura europea en una cultura mundial, en un paralelo histórico al de la expansión de la cultura helénica a raíz de la hegemonía macedonia⁷². Filipo, convertido así en símbolo del gobernante nacionalista y expansionista, acabaría sin remedio convertido en reflejo antiguo de los más poderosos dictadores del periodo de entreguerras⁷³, y en especial, del mismo Adolf Hitler⁷⁴.

⁶⁵ Briant 2012, 116, 137. Los vínculos de esta afirmación con el nacimiento de la *filosofía de la historia* son evidentes.

⁶⁶ Briant 2012, 148-149.

⁶⁷ Briant 2012, 229 (Louis XIV); 182, 267 (Federico de Prusia); Müller 2018, 88-89.

⁶⁸ Nipfing 1921, 657-658. Sobre Alejandro y Napoleón, vid. Fulinska 2018.

⁶⁹ Briant 2012, 227-233.

⁷⁰ Nipfing 1921, 659; Antela-Bernárdez 2000; Wiesehöfer 2018.

⁷¹ Nipfing 1921, 659-662.

⁷² Nipfing 1921, 663.

⁷³ El *Filipo il Macedone* de Momigliano podría muy probablemente relacionarse, en un estudio historiográfico, con Mussolini: Sierra Martín 2016.

⁷⁴ Adam 1941; Antela-Bernárdez 2019a, 599-617.

El periodo posterior a la II Guerra Mundial ha visto una revisión profunda de la imagen de Alejandro⁷⁵, con una poderosa crítica a su valor militarista, imperialista y colonial, gracias a voces como las de Ernst Badian, A. B. Bosworth o, más recientemente, P. Briant, que han marcado una nueva época, y nuevos caminos y miradas, para comprender el ascenso de Macedonia y su hegemonía. No obstante, esta poderosa revisión de Alejandro ha dejado pocos ejemplos en el estudio sobre Filipo, quien encontró, por otra parte, en N. G. L. Hammond un importante valedor. Hammond ha sido seguramente la voz más destacada, por volumen e influencia, de los estudios sobre la antigua Macedonia en el siglo XX. En su *History of Macedonia* (con G. T. Griffith y F. W. Walbank), la figura de Filipo ocupa un lugar esencial, mayor que el del mismo Alejandro. Por otra parte, el descubrimiento de las tumbas reales de Vergina en 1977 por Manolis Andronikos, y la correspondiente atribución de una de ellas a Filipo ha convertido su figura en un símbolo nacional en la actual Grecia, frente a la exyugoslava República de Macedonia del Norte⁷⁶.

No obstante, pese a esta revalorización del personaje, las obras de Alejandro revelan, desde J. G. Droysen (1831), y especialmente a partir de D. G. Hogarth (1897) y U. Wilcken (1931), una sorprendente tendencia interpretativa, según la cual el carácter del conquistador Alejandro habría sido resultado de la fusión de las personalidades de sus progenitores. De este modo, se acentúa la percepción de Filipo como genial estratega político y militar, con un carácter pasional, que contrasta con la personalidad mística, fervorosa y calculadora, de Olímpíade. Esta percepción, de nuevo, ensombrece la figura de Filipo, al someterla de nuevo al sino de ser sencillamente el padre de Alejandro, y simplificar su lugar en la historia en una simple oposición a Olímpíade. Esta tendencia ha marcado profundamente el lugar de Filipo en las biografías de Alejandro del s. XX y sigue viva en lo que llevamos de s. XXI⁷⁷.

Habitualmente ensombrecido por la historia de Alejandro, Filipo ha ido encontrando en el paso del tiempo su pequeño espacio en la historiografía occidental. Su valoración ha sido habitualmente controvertida, y muy a menudo poco fiel a los hechos y datos que poseemos. Enfrentado a Alejandro, y también a Demóstenes y la democracia, sobre él pesa la losa de haber acabado con la libertad de los griegos⁷⁸. Frente a estos tópicos, encontramos en el análisis de su historia un mundo helénico en pleno proceso de cambio, hacia algo diferente a lo que había marcado la época clásica, y la alternativa, tanto a Atenas como a Alejandro.

⁷⁵ Bichler 2018.

⁷⁶ Danforth 2003; 2010.

⁷⁷ Vid. Antela-Bernárdez 2020, con bibliografía

⁷⁸ Antela-Bernárdez 2018.